

Am 7,10-17 Mt 9,1-8

En aquel tiempo, Jesús volvió a la barca, cruzó de nuevo el lago y vino a su ciudad. Allí le llevaron a un paralítico, tendido en una camilla. Al ver Jesús la fe de esos hombres, dijo al paralítico: “¡Ánimo, hijo; tus pecados quedan perdonados!”

Algunos maestros de la Ley pensaron: “¡Qué manera de burlarse de Dios!” Pero Jesús, que conocía sus pensamientos, les dijo: “¿Por qué piensan mal? ¿Qué es más fácil: decir “Quedan perdonados tus pecados” o “Levántate y anda”? Sepan, pues, que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados.” Entonces dijo al paralítico: “Levántate, toma tu camilla y vete a casa.” Y el paralítico se levantó y se fue a su casa.

La gente, al ver esto, quedó muy impresionada y alabó a Dios por haber dado tal poder a los hombres.

Parece ser que lo que paralizaba a aquel hombre eran los pecados. Y de ahí se deduce algo muy importante para nosotros. Es que el efecto negativo, principal consecuencia de nuestros pecados, recae precisamente sobre nosotros. Nos han repetido tanto que el pecado es una ofensa hecha a Dios que terminamos creyéndolo. Y nos olvidamos de que el mal recae fundamentalmente sobre el que lo comete. Somos nosotros los primeros interesados en liberarnos de ese mal que nos paraliza, nos destruye. En definitiva, nos mata. En cuanto a Dios, él sólo quiere nuestro bien. Por eso nos quiere liberar de esas ataduras.

Los que nos presentaron a Dios como nuestro juez es probable que no hayan reflexionado en el evangelio de hoy. En él encontramos precisamente lo contrario. Son un grupo de personas los que entran de comedidos en la casa de Mateo mientras Jesús come allí con sus discípulos y otras personas –se supone que pecadores– que fueron allí a escucharlo. Ese grupo de personas es el que ocupa esa función de jueces y fiscales. A Jesús lo vemos ocupar el papel opuesto. Está en medio de los pecadores como un hermano entre sus hermanos. Y defiende ese lugar con pasión. Porque Dios quiere la misericordia más que cualquier otra cosa.

Jesús vio a un hombre llamado Mateo en su puesto de cobrador de impuestos, y le dijo: “Sígueme.” Mateo se levantó y lo siguió. Como Jesús estaba comiendo en casa de Mateo, un buen número de cobradores de impuestos y otra gente pecadora vinieron a sentarse a la mesa con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al ver esto, decían a los discípulos: “¿Cómo es que su Maestro come con cobradores de impuestos y pecadores?”

Jesús los oyó y dijo: “No es la gente sana la que necesita médico, sino los enfermos. Vayan y aprendan lo que significa esta palabra de Dios: Me gusta la misericordia más que las ofrendas. Pues no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.”

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: “Hemos visto al Señor.” Pero él contestó: “Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en el agujero de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré.”

Ocho días después, los discípulos de Jesús estaban otra vez en casa, y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos. Les dijo: “La paz esté con ustedes.” Después dijo a Tomás: “Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de negar y cree.”

Tomás exclamó: “Tú eres mi Señor y mi Dios.” Jesús replicó: “Crees porque me has visto. ¡Felices los que no han visto, pero creen!”

En el texto evangélico de hoy hay una alusión a todos nosotros que nos hace sentirnos realmente orgullosos. Frente a Tomás, el apóstol a quien le cuesta creer que Jesús ha resucitado, que necesita meter sus manos en las heridas, nosotros somos de los que no hemos necesitado ver para creer. Es posible que nuestra fe no sea tan firme como la de los discípulos de la primera hora. Pero tampoco hemos tenido las facilidades que ellos tuvieron. No hemos tenido la oportunidad de escuchar a Jesús, de convivir con él. Sin embargo, aquí estamos, luchando todos los días para mantenernos en la fe, para vivir como cristianos. Y creyendo que vale la pena seguir.

En la Iglesia de hoy estamos preocupados por la falta de vocaciones. Este texto nos suele dar motivo para hablar sobre el tema. Es verdad que escasean las vocaciones para la vida religiosa o para el sacerdocio. Pero eso es olvidar que la misión no pertenece en exclusiva a esos grupos sino a la comunidad cristiana. La Iglesia entera es enviada a predicar la buena nueva del Reino. Lo que hoy necesitamos son comunidades vivas, formadas por personas libres y responsables, capaces de vivir en este mundo dando testimonio de su fe. No dudemos que el Espíritu repartirá la riqueza de sus dones entre los miembros de esas comunidades.



14° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Independence Day

4

Is 66,10-14 Alégrese con Jerusalén, y que se feliciten por ella todos los que la aman. Siéntanse, ahora, muy contentos con ella todos los que por ella anduvieron de luto, porque tomarán la leche hasta quedar satisfechos de su seno acogedor, y podrán saborear y gustar sus pechos famosos. Pues Yavé lo aseguro: Yo voy a hacer correr hacia ella, como un río, la paz, y como un torrente que lo inunda todo, la gloria de las naciones.

En cuanto a mí, no quiero sentirme orgulloso más que de la cruz de Cristo Jesús, nuestro Señor. Por él el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo. No hagamos ya distinción entre pueblo de la circuncisión y mundo pagano, porque una nueva creación ha empezado. Que la paz y la misericordia acompañen a los que viven según esta regla, que son el Israel de Dios.

Gal 6,14-18

Lc 10,1-12,17-20 En aquel tiempo, el Señor eligió a otros setenta y dos discípulos y los envió de dos, en dos delante de él, a todas las ciudades y lugares adonde debía ir. Les dijo: "La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos. Rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe obreros a su cosecha. Vayan, pero sepan que los envío como corderos en medio de lobos. No lleven monedero, ni bolsón, ni sandalias, ni se detengan a visitar a conocidos. Al entrar en cualquier casa, bendíganla antes diciendo: La paz sea en esta casa. Si en ella vive un hombre de paz, recibirá la paz que ustedes le traen; de lo contrario, la bendición volverá a ustedes. Mientras se queden en esa casa, coman y beban lo que les ofrezcan, porque el obrero merece su salario.

No vayan de casa en casa. Cuando entren en una ciudad y sean bien recibidos, coman lo que les sirvan, sanen a los enfermos y digan a su gente: El Reino de Dios ha venido a ustedes.

Pero si entran en una ciudad y no quieren recibirlos, vayan a sus plazas y digan: Nos sacudimos y les dejamos hasta el polvo de su ciudad que se ha pegado a nuestros pies. Con todo, sépanlo bien: el Reino de Dios ha venido a ustedes. Yo les aseguro que, en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad."

Dos mujeres son curadas en el evangelio de hoy. De una se dice que padecía hemorragias, lo que era causa de impureza ritual. Pero Jesús no se queja porque lo haya tocado sino que la felicita: "Ánimo, tu fe te ha salvado". De la otra, una niña, se dice que estaba muerta. Jesús la toma de la mano (también tocar un cadáver era causa de impureza ritual) y la levanta. Jesús se muestra a favor de la mujer, rechaza los prejuicios sociales y la pone de pie, la convierte en sujeto social. En la comunidad de Jesús la mujer marginada recobra su lugar en pie de igualdad. ¿No debería la Iglesia promover más claramente la dignidad de la mujer?

Mientras Jesús hablaba, llegó un jefe de los judíos, se postró delante de él y le dijo: "Mi hija acaba de morir, pero ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá." Jesús se levantó y lo siguió junto con sus discípulos.

Mientras iba de camino, una mujer que desde hacía doce años padecía hemorragias, se acercó por detrás y tocó el fleco de su manto. Pues ella pensaba: "Con sólo tocar su manto, me salvaré." Jesús se dio vuelta y, al verla, le dijo: "Ánimo, hija; tu fe te ha salvado." Y desde aquel momento, la mujer quedó sana.

Al llegar Jesús a la casa del jefe, vio a los flautistas y el alboroto de la gente. Entonces les dijo: "Váyanse, la niña no ha muerto sino que está dormida." Ellos se burlaban de él. Después que echaron a toda la gente, Jesús entró, tomó a la niña por la mano, y la niña se levantó. El hecho se divulgó por toda aquella región.

En aquel tiempo, le trajeron a Jesús uno que tenía un demonio y no podía hablar. Jesús echó al demonio, y el mudo empezó a hablar. La gente quedó maravillada y todos decían: "Jamás se ha visto cosa igual en Israel." En cambio, los fariseos comentaban: "Este echa a los demonios con la ayuda del príncipe de los demonios."

Jesús recorría todas las ciudades y pueblos; enseñaba en sus sinagogas, proclamaba la Buena Nueva del Reino y curaba todas las dolencias y enfermedades. Al contemplar aquel gran gentío, Jesús sintió compasión, porque estaban decaídos y desanimados, como ovejas sin pastor. Y dijo a sus discípulos: "La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe trabajadores a recoger su cosecha."

Es consolador pensar en este Jesús, el testigo de Dios por excelencia, que se mueve de una ciudad a otra predicando la buena nueva del Reino y curando las enfermedades del pueblo. De esa forma da testimonio de Dios, nos dice cómo es Dios. La compasión que siente Jesús por las enfermedades y dolores que llenan a veces la vida de las personas es la misma compasión que siente Dios. Jesús rompe la imagen que tantas veces nos han presentado de un Dios severo, lejano, juez y legislador de normas que no se entienden y que son difíciles de cumplir. Jesús nos ofrece una imagen de Dios hecha de cercanía, ternura e inmenso amor por nosotros.

Debemos recordar siempre los nombres de los doce apóstoles. Nos recuerdan que no tenemos que ser perfectos para ser cristianos sino, lo que es mucho más importante, ponernos en camino. Ellos no eran gente ni importante ni estudiada ni santa. Eran personas ordinarias. Pero creyeron en Jesús. Y lo siguieron. Cometieron muchos errores. Especialmente Pedro. Pero amaron mucho a Jesús y eso es lo que vale. Ni siquiera hay que condenar a Judas. Pedro también negó a Jesús en el momento de la verdad. Judas por lo menos sintió tanto dolor por lo que había hecho que se quitó la vida. Dios lo tiene que querer mucho.

Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder sobre los espíritus impuros para expulsarlos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias.

Estos son los nombres de los doce apóstoles: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el recaudador de impuestos; Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón, el cananeo y Judas Iscariote, el que lo traicionaría.

A estos Doce Jesús los envió a misionar, con las instrucciones siguientes: "No vayan a tierras de paganos ni entren en pueblos de samaritanos. Diríjense más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

Alo largo del camino proclamen: ¡El Reino de los Cielos está ahora cerca!"

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus apóstoles: "A lo largo del camino proclamen: ¡El Reino de los Cielos está ahora cerca! Sanen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos y echen los demonios. Ustedes lo recibieron sin pagar, denlo sin cobrar. No lleven oro, plata o monedas en el cinturón. Nada de provisiones para el viaje, o vestidos de repuesto; no lleven bastón ni sandalias, porque el que trabaja se merece el alimento.

En todo pueblo o aldea en que entren, busquen alguna persona que valga, y quédense en su casa hasta que se vayan.

Al entrar en la casa, deséenle la paz. Si esta familia la merece, recibirá su paz; y si no la merece, la bendición volverá a ustedes. Y si en algún lugar no los reciben ni escuchan sus palabras, salgan de esa familia o de esa ciudad, sacudiendo el polvo de los pies. Yo les aseguro que esa ciudad, en el día del juicio, será tratada con mayor rigor que Sodoma y Gomorra."

Los misioneros, los que se dedican a anunciar la buena nueva del Reino, tienen que ir ligeros de equipaje. No se trata de hacer grandes cosas. El mensaje es muy sencillo. Se trata de mostrar la cercanía de Dios. Se trata de desear la paz y de ofrecerla a los que el misionero encuentra por el camino de la vida. Si ellos la quieren tomar, Dios estará con ellos. Si ellos la rechazan, es su responsabilidad. Por esto todos podemos y debemos ser misioneros. No hace falta viajar a países lejanos. Hace falta salir a la calle todos los días con la sonrisa de Dios en la cara e ir regalándola sin miedo a todos los que nos encontremos.

Para los judíos la ley y los profetas no eran una colección de normas sino el relato de la historia de Dios con su pueblo. Jesús no ha venido a negar esa historia sino a llevarla a su plenitud. Lo que los judíos habían pensado que era una Alianza exclusiva entre su pueblo y Dios se convierte ahora en una oferta de amistad y salvación para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Enseñar lo contrario de esa historia aparta del Reino. Enseñar esa historia y cómo Jesús la lleva a plenitud es ya participar en la familia de Dios. Nosotros, los cristianos, somos hoy los portadores de ese mensaje para todos los pueblos.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus apóstoles: "Miren que los envío como ovejas en medio de lobos: sean, pues, precavidos como la serpiente, pero sencillos como la paloma.

¡Cuidense de los hombres! Austedes los arrastrarán ante sus consejos, y los azotarán en sus sinagogas. Ustedes incluso serán llevados ante gobernantes y reyes por causa mía, y tendrán que dar testimonio ante ellos y los pueblos paganos.

Cuando sean arrestados, no se preocupen por lo que van a decir, ni cómo han de hablar. Llegado ese momento, se les comunicará lo que tengan que decir. Pues no serán ustedes los que hablarán, sino el Espíritu de su Padre el que hablará en ustedes.

Un hermano denunciará a su hermano para que lo maten, y el padre a su hijo, y los hijos se sublevarán contra sus padres y los matarán. Ustedes serán odiados por todos por causa mía, pero el que se mantenga firme hasta el fin, se salvará. Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra. En verdad les digo: no terminarán de recorrer todas las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre."

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus apóstoles: "El discípulo no está por encima de su maestro, ni el sirviente por encima de su patrón. Ya es mucho si el discípulo llega a ser como su maestro y el sirviente como su patrón. Si al dueño de casa lo han llamado Beelzebú, ¡qué no dirán de los demás de la familia!

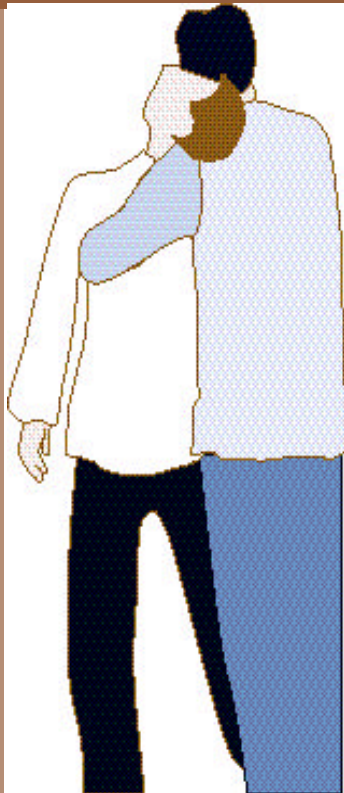
Pero no les tengan miedo. Nada hay oculto que no llegue a ser descubierto, ni nada secreto que no llegue a saberse. Lo que yo les digo en la oscuridad, repitanlo ustedes a la luz, y lo que yo les digo en privado, proclámenlo desde las azoteas.

No teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero no el alma; teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso un par de pajaritos no se venden por unos centavos? Pero ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita el Padre de ustedes. En cuanto a ustedes, hasta sus cabellos están todos contados. ¿No valen ustedes más que muchos pajaritos? Por lo tanto no tengan miedo.

Al que se ponga de mi parte ante los hombres, yo me pondré de su parte ante mi Padre de los Cielos. Y al que me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los Cielos."

El portador de la buena nueva del Reino, todo cristiano, tiene que saber que pasará por las mismas alegrías y penalidades que su Maestro, Jesús. Pero ha de saber también que cuenta con la especial protección del Padre. La mano de Dios, el amor del Padre de Jesús, estará siempre con él. En medio de las dificultades sabe que, así como Dios cuida de la creación con la delicadeza de un Padre, con mucha más razón cuidará de él. Cuando a veces sentimos como cristianos el rechazo de la sociedad, nuestro corazón debe estar lleno de confianza. El Padre nunca nos abandonará.

La pregunta del escriba y la historia del buen samaritano le sirven a Jesús para poner de relieve la equivocación de aquellos que anteponen el cumplimiento de las normas al mandamiento del amor. Este mandamiento, como muy bien lo expresó el escriba, es el primero y más importante de todos. Amar a Dios y amar al prójimo es un solo y único mandamiento. Nuestro amor a Dios se expresa en el amor al prójimo y donde no hay amor al prójimo no existe tampoco amor a Dios. Porque, como dice san Juan, el que no ama a su prójimo a quien ve, ¿cómo va a amar a Dios al que no ve? El argumento es irrefutable.



Cristo Jesús es la imagen del Dios invisible, y es el Primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, el universo visible y el invisible, Tronos, Gobiernos, Autoridades, Poderes... Todo fue creado por medio de él y para él. Él existía antes que todos, y todo tiene en él su consistencia. Y él es la cabeza del cuerpo, es decir, de la Iglesia, él que es el principio, el primer nacido de entre los muertos, para que estuviera en el primer lugar en todo. Así quiso Dios que "el todo" se encontrara en él y gracias a él fuera reconciliado con Dios, porque la sangre de su cruz ha restablecido la paz tanto sobre la tierra como en el mundo de arriba.

Dt 30,10-14
Col 1,15-20

Lc 10,25-37

Un maestro de la Ley, que quería ponerlo a prueba, se levantó y le dijo a Jesús: "Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?" Jesús le dijo: "¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?" El hombre contestó: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo." Jesús le dijo: "¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás." El otro, que quería justificar su pregunta, replicó: "¿Y quién es mi prójimo?"

Jesús empezó a decir: "Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto. Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vio, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo.

Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él. Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: «Cuidalo, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.»

Jesús entonces le preguntó: "Según tu parecer, ¿cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?" El maestro de la Ley contestó: "El que se mostró compasivo con él." Y Jesús le dijo: "Vete y haz tú lo mismo."

Las palabras de hoy de Jesús son extrañas. Hablan de odio, de violencia, de guerra. Parece que seguir a Jesús implica querer menos a los demás, a nuestros familiares incluso. Nos cuesta entenderlas. ¿No era Jesús el príncipe de la paz? Lo que sucede es que Jesús es un príncipe de la paz muy realista. Y nada en este mundo se alcanza sin una cierta violencia, sin hacer fuerza. Seguir a Jesús, vivir en cristiano día a día, nos obligará a tomar determinadas opciones que no serán aceptadas ni comprendidas por todos. Ni siquiera los más cercanos nos apoyarán. Pero ahí es donde se jugará la autenticidad de nuestro compromiso.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus apóstoles: “No piensen que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada. Pues he venido a enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Cada cual verá a sus familiares volverse enemigos.

El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no es digno de mí. El que antepone a todo su propia vida, la perderá, y el que sacrifique su vida por mi causa, la hallará.

El que los recibe a ustedes, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado. El que recibe a un profeta porque es profeta, recibirá recompensa digna de un profeta. El que recibe a un hombre justo por ser justo, recibirá la recompensa que corresponde a un justo. Asimismo, el que dé un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, porque es discípulo, no quedará sin recompensa: soy yo quien se lo digo.” Cuando Jesús terminó de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí para predicar y enseñar en las ciudades judías.

En aquel tiempo, Jesús comenzó a reprochar a las ciudades en que había realizado la mayor parte de sus milagros, porque no se habían arrepentido:

“¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han realizado en ustedes, seguramente se habrían arrepentido, poniéndose vestidos de penitencia y cubriéndose de ceniza. Yo se lo digo: Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que ustedes en el día del juicio. Ytú, Cafarnaún, ¿subirás hasta el cielo? No, bajarás al lugar de los muertos. Porque si los milagros que se han realizado en ti se hubieran hecho en Sodoma, todavía hoy existiría Sodoma. Por eso les digo que, en el día del Juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que ustedes.”

La fe y confianza de Jesús en las personas lo hace asombrarse de la actitud de sus conciudadanos. Les habló del Reino de Dios, pasó entre ellos haciendo el bien y curando a los enfermos, dio testimonio del amor del Padre para todos. Sin embargo, no fueron capaces de cambiar sus vidas, de dejar su antigua vida y de abrirse al amor de Dios. Lo siente. Es una decepción por la que todos hemos pasado alguna vez. Lo bueno de Jesús es que ese golpe contra la realidad, contra la terquedad humana, no le hace cambiar su forma de actuar ni siquiera un milímetro. Seguirá hablando sin descanso del Reino y del Padre. ¿Y nosotros?

Hay una profunda relación de intimidad entre Jesús y el Padre. Nos resulta imposible entrar en su corazón pero, por los testimonios que encontramos en los evangelios, esa relación llamó la atención de los discípulos. Jesús se sabe amado por Dios de tal forma que habla de él no como su Padre, expresión que en español suele marcar una cierta distancia, sino como su "Abbá", expresión aramea que usaban los niños pequeños para referirse a su papá. Al principio, a los discípulos les tuvo que sonar un tanto ridículo. Pero luego, poco a poco, irían atisbando lo que se escondía detrás de aquella palabra. Así es como nosotros deberíamos confiar en Dios.

En una ocasión Jesús exclamó: "Yo te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, pues así fue de tu agrado.

Mi Padre ha puesto todas las cosas en mis manos. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo quiera dar a conocer."

En aquel tiempo, Jesús exclamó: "Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana."

La misericordia, la compasión, la ternura con las que Jesús se sabe amado por el Padre, por su Abbá, se convierten en su forma de situarse frente a sus hermanos y hermanas, los hombres y mujeres de su tiempo. Para todos tiene una palabra de compasión. A todos se acerca tratando de ofrecerles un camino alternativo para llegar a vivir en una plenitud mayor su humanidad, su libertad, porque eso y no otra cosa es la salvación. Por eso, no tiene miedo de decir en voz alta que está dispuesto a acoger a todos los que sufren, a todos los que se sienten oprimidos. Hoy la comunidad cristiana debería ser también, ante todo, un lugar de acogida para todos los que sufren.

Mi abuela llevaba el escapulario de la Virgen del Carmen. Mi madre y mis tías lo siguen llevando. Era, y es para ellas y para tantos otros, una especie de signo externo de identificación. Más allá de las promesas, era una forma de decir "soy cristiano". Con el tiempo el escapulario se ha ido haciendo más pequeño y menos visible. Quizá porque se ha ido acercando al corazón. Su visibilidad no está ya en el signo externo sino en el estilo cristiano de vida que se ha ido haciendo connatural en tantas personas. Con sus defectos, con sus limitaciones, ha sido una generación que ha sabido vivir y transmitir la fe. Ahora el testigo está en nuestras manos.

En cierta ocasión pasaba Jesús por unos campos de trigo, y era un día sábado. Sus discípulos, que tenían hambre, comenzaron a desgranar espigas y a comerse el grano. Al advertirlo unos fariseos dijeron a Jesús: "Tus discípulos están haciendo lo que está prohibido hacer en día sábado."

Jesús les contestó: "¿No han leído ustedes lo que hizo David un día que tenía hambre, él y su gente? Pues entró en la casa de Dios y comieron los panes presentados que les estaban prohibidos tanto a él como a sus compañeros, pues están reservados a los sacerdotes. ¿No han leído en la Ley que los sacerdotes en el Templo no observan el descanso, y no hay culpa en eso?"

Yo se lo digo: ustedes tienen aquí algo más que el Templo. Y si ustedes entendieran estas palabras: Quiero misericordia, no sacrificios, ustedes no condenarían a quienes están sin culpa. Además, el Hijo del Hombre es Señor del sábado."

En aquel tiempo, los fariseos planearon la manera de acabar con Jesús. Él lo supo y se alejó de allí, pero muchas personas lo siguieron, y él sanó a cuantos estaban enfermos. Pero les pedía insistentemente que no hablaran de él.

Así debían cumplirse las palabras del profeta Isaías: Viene mi siervo, mi elegido, el Amado, en quien me he complacido. Pondré mi Espíritu sobre él, para que anuncie mis juicios a las naciones. No discutirá, ni gritará, ni se oír a su voz en las plazas. No quebrará la caña resquebrajada ni apagará la mecha que todavía humea, hasta que haga triunfar la justicia. Las naciones pondrán su esperanza en su Nombre.

No se puede decir de Jesús que fuera tonto. Supo perfectamente cuándo tenía que dar la cara y cuándo retirarse. A Jesús no le quitaron la vida; la entregó cuando le pareció que tenía que hacerlo. Porque lo más importante de su vida, el centro que todo lo dominaba, era cumplir su misión: anunciar el juicio misericordioso de Dios a todas las naciones. No se trataba de predicar una nueva teología ni de discutir sobre las leyes existentes. Se trataba de que las personas sintiesen la presencia viva de Dios cerca de ellos. Una presencia hecha de ternura y amor que libera y ayuda a crecer y a vivir en plenitud. Eso era lo que tenía que hacer y lo hizo.

Marta y María, María y Marta, los dos brazos de la Iglesia. Los dos necesarios, los dos irrenunciables. El ministerio de la caridad no puede olvidar la dimensión contemplativa y celebrativa. Quizá en los tiempos en que se escribió el Evangelio se empezaba a dar ya un cierto activismo entre los cristianos que les hacía olvidar que, sin una profunda espiritualidad, ese activismo se queda en un "hacer" vacío de sentido. Pero, como es lógico, también se puede caer en el otro extremo. Se ha caído de hecho en muchas ocasiones. Que no se nos olvide que, en el fondo, Marta y María son la misma persona, que la comunidad cristiana necesita a las dos.



Gen 18,1-10

Yavé se presentó a Abraham junto a los árboles de Mambré mientras estaba sentado a la entrada de su tienda, a la hora más calurosa del día. Al levantar sus ojos, Abraham vio a tres hombres que estaban parados a poca distancia. En cuanto los vio, corrió hacia ellos y se prostró en tierra, diciendo: "Señor mío, si me haces el favor, te ruego que no pases al lado de tu servidor sin detenerte. Les haré traer un poco de agua para que se laven los pies y descansen bajo estos árboles. Les haré traer un poco de pan para que recuperen sus fuerzas, antes de proseguir su viaje, pues creo que para esto pasaron ustedes por mi casa." Ellos respondieron: "Haz como has dicho."

Abraham fue rápidamente a la tienda, donde estaba Sara, y le dijo: "¡De prisa, tres medidas de harina! amásala y haz unas tortas." Luego él mismo corrió al potrero, tomó un ternero tierno y bueno y se lo entregó a un muchacho para que lo preparara inmediatamente. Después tomó mantequilla, leche y el ternero ya cocinado y se lo presentó a ellos. Él se quedó de pie a su lado, bajo el árbol, mientras comían. Entonces le preguntaron: "¿Dónde está Sara, tu esposa?" Él les respondió: "Está dentro, en la tienda." El otro le dijo: "Dentro de un año volveré por aquí, y para entonces Sara, tu mujer, tendrá un hijo."

Ahora me alegro cuando tengo que sufrir por ustedes, pues así completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo para bien de su cuerpo, que es la Iglesia. Fui constituido ministro de ella por cuanto recibí de Dios la misión de llevar a efecto entre ustedes su proyecto, su plan misterioso que permaneció secreto durante siglos y generaciones. Este secreto acaba de ser revelado a sus santos.

Col 1,24-28

Lc 10,38-42

Siguiendo su camino, Jesús entró en un pueblo y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Tenía una hermana llamada María, que se sentó a los pies del Señor y se quedó escuchando su palabra. Mientras tanto Marta estaba absorbida por los muchos quehaceres de la casa. En cierto momento Marta se acercó a Jesús y le dijo: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para atender? Dile que me ayude." Pero el Señor le respondió: "Marta, Marta, tú andas preocupada y te pierdes en mil cosas: una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada."

Pedir una prueba a alguien de algo es la mejor forma de decirle que no se cree en él, que no se confía en él. Cuando en el seno del matrimonio o de la amistad se empiezan a exigir pruebas que demuestren la autenticidad de la relación, es tiempo de decir que el amor o la amistad están muertas. Cuando el amor está vivo no necesita en absoluto pruebas. Se afirma por sí mismo. Es evidente en sí mismo. Los que piden pruebas de la existencia de Dios no creen en él. No tiene razón perder tiempo buscando esas pruebas. Los judíos le pedían pruebas a Jesús porque no creían en él. Nosotros, ¿somos capaces de fiarnos de Dios y de los hermanos?

En aquel tiempo, algunos letrados y fariseos dijeron a Jesús: “Maestro, queremos verte hacer algún prodigio.” Él les contestó: “Una generación malvada y adúltera reclama un prodigio, y no se le concederá otro prodigio que el del profeta Jonás. Como estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches, así estará este Hombre en las entrañas de la tierra tres días y tres noches. Durante el juicio se alzarán los habitantes de Nínive contra esta generación y la condenarán porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás, y hay aquí uno mayor que Jonás. La reina del sur se alzará en el juicio contra esta generación y la condenará, porque ella vino del extremo de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno mayor que Salomón.”

Mientras Jesús estaba hablando a la muchedumbre, su madre y sus hermanos estaban de pie afuera, pues querían hablar con él. Alguien le dijo: “Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren hablar contigo.”

Pero Jesús dijo al que le daba el recado: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” E indicando con la mano a sus discípulos, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. Tomen a cualquiera que cumpla la voluntad de mi Padre de los Cielos, y ése es para mí un hermano, una hermana o una madre.”

Adivinamos en este evangelio una cierta ruptura entre Jesús y su familia. Quizá no sea más que parte del proceso por el que ha de pasar toda persona humana: ir más allá de las fronteras pequeñas y provincianas de la familia, de la cultura, de la nación, de la raza, etc. para descubrir la fraternidad universal. Eso no significa que amemos menos lo nuestro. Pero para amar lo nuestro no necesitamos odiar lo que es diferente, lo que está más allá de nuestro pequeño mundo. Una mirada más amplia, como la de Jesús, nos ayuda a ver la realidad de una humanidad de la que todos, querámoslo o no, formamos parte y somos solidarios.

Jesús hablaba a la gente mucho en parábolas. ¿Irían a escucharlo como quien escucha al Mesías o como quien escucha a un cuentacuentos? Es posible que más bien fuese lo segundo. Pero el arte de contar cuentos es el arte de decir sin decir, de insinuar, de dejar caer algunas ideas sin ponerse en profesor, de hablar de lo bueno sin imponer normas. Jesús hablaba en parábolas y posiblemente los que lo oían entendían mucho mejor que si hubiese escrito un sesudo y profundo libro de teología. Dejémonos llevar por las parábolas, por los cuentos de Jesús. Dejemos que su palabra nos llegue al corazón.

Aquel día Jesús salió de casa y fue a sentarse a orillas del lago. Pero la gente vino a él en tal cantidad, que subió a una barca y se sentó en ella, mientras toda la gente se quedó en la orilla. Jesús les habló de muchas cosas, usando comparaciones o parábolas.

Les decía: “El sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, unos granos cayeron a lo largo del camino: vinieron las aves y se los comieron. Otros cayeron en terreno pedregoso, con muy poca tierra, y brotaron en seguida, pues no había profundidad. Pero apenas salió el sol, los quemó y, por falta de raíces, se secaron. Otros cayeron en medio de cardos: éstos crecieron y los ahogaron. Otros granos, finalmente, cayeron en buena tierra y produjeron cosecha, unos el ciento, otros el sesenta y otros el treinta por uno. El que tenga oídos, que escuche.”

El primer día después del sábado, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y vio que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro había sido removida. Fue corriendo en busca de Simón Pedro y del otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.”

María se quedaba llorando fuera, junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó para mirar dentro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Le dijeron: “Mujer, ¿por qué lloras?” Les respondió: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.”

Dicho esto, se dio vuelta y vio a Jesús allí, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Ella creyó que era el cuidador del huerto y le contestó: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.”

Jesús le dijo: “María”. Ella se dio la vuelta y le dijo: “Rabboni”, que quiere decir “Maestro”. Jesús le dijo: “Suéltame, pues aún no he subido al Padre. Pero vete a ver a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes.”

María Magdalena se fue y dijo a los discípulos: “He visto al Señor y me ha dicho esto.”

No sabemos mucho de María Magdalena. Su pasado es oscuro. Algunos hicieron de ella una prostituta.

Ciertamente, tenía un puesto en el grupo de discípulos (así lo demuestra su cercanía con Pedro) y amaba de verdad a Jesús (no teme acercarse, la primera, al sepulcro). Esa especial relación con Jesús se ve con claridad en este relato donde el Resucitado pronuncia su nombre y eso basta para que ella lo reconozca.

Ella es la primera testigo: “Ve a decir a mis hermanos”. Es evangelizadora desde el amor sentido y experimentado en lo profundo de su corazón. Deberíamos tratar de parecernos a ella.

La explicación de la parábola del sembrador sigue siendo válida para nosotros, cristianos del siglo XXI. No se trata de aprender de memoria la palabra de Dios sino de escucharla como la fuente de gracia y de inspiración para nuestra vida. ¿Cuántas oportunidades tenemos para escuchar la palabra de Dios? La cuestión no es si vamos muchas veces a misa o si leemos mucho la Biblia. La clave no está en la cantidad sino en la calidad. Se trata de dejar que la palabra cale, que llegue a nuestro corazón. Se trata de dejar que repose el tiempo necesario para que llegue a producir frutos de vida para nosotros y para los que nos rodean.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Escuchen ahora la parábola del sembrador: Cuando uno oye la palabra del Reino y no la interioriza, viene el Maligno y le arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Ahí tienen lo que cayó a lo largo del camino.

La semilla que cayó en terreno pedregoso es aquel que oye la Palabra y en seguida la recibe con alegría. En él, sin embargo, no hay raíces, y no dura más que una temporada. Apenas sobreviene alguna contrariedad o persecución por causa de la Palabra, inmediatamente se viene abajo.

La semilla que cayó entre cardos es aquel que oye la Palabra, pero luego las preocupaciones de esta vida y los encantos de las riquezas ahogan esta palabra, y al final no produce fruto.

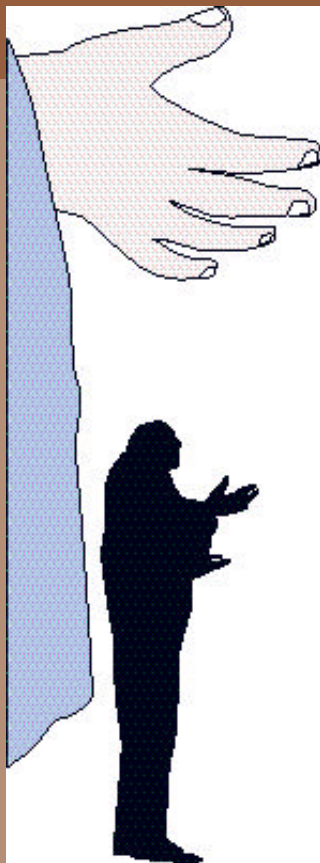
La semilla que cayó en tierra buena es aquel que oye la Palabra y la comprende. Este ciertamente dará fruto y producirá cien, sesenta o treinta veces más."

Jesús propuso otra parábola a la gente: "Aquí tienen una figura del Reino de los Cielos. Un hombre sembró buena semilla en su campo, pero mientras la gente estaba durmiendo, vino su enemigo, sembró malas hierbas en medio del trigo y se fue.

Cuando el trigo creció y empezó a echar espigas, apareció también la maleza. Entonces los trabajadores fueron a decirle al patrón: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, viene esa maleza?» Respondió el patrón: «Eso es obra de un enemigo.» Los obreros le preguntaron: «¿Quieres que arranquemos la maleza?» «No, dijo el patrón, pues al quitar la maleza podrían arrancar también el trigo. Déjenlos crecer juntos hasta la hora de la cosecha. Entonces diré a los segadores: Corten primero las malas hierbas, hagan fardos y arrójennlos al fuego. Después cosechen el trigo y guárdenlo en mis bodegas.»"

La diferencia entre la actitud del dueño del campo y la nuestra es grande. Anosotros nos gusta hacer justicia. Somos gente "de armas tomar". Tenemos la teoría de que la manzana podrida hay que sacarla de la frutera rápidamente para que no estropee a las otras. La diferencia consiste en que el dueño del campo es el Padre y en el campo ve el fruto de su trabajo, sus criaturas tan amadas. Tiene miedo a extirpar el mal no vaya a quitar lo bueno junto con lo malo. La parábola nos habla de una misericordia más allá de toda medida. Nosotros solemos decir que hay que ser buenos pero no tontos. Definitivamente, Dios prefiere ser tonto.

Probablemente los discípulos le estaban pidiendo a Jesús un signo de identificación de su grupo. Le estaban diciendo: "No somos como los discípulos de Juan. Somos diferentes. Danos un signo que nos distinga". Jesús esperó la ocasión para regalarnos a todos los cristianos una oración que ciertamente nos distingue como tales. Pero, al mismo tiempo, esa oración nos abre a la fraternidad humana universal. Al tratar a Dios como Padre, nos hace a todos hermanos. Además es un Padre cercano que, lleno de misericordia y compasión, atiende a las necesidades de sus hijos. La oración de Jesús nos distingue haciéndonos definitivamente hermanos.



Fueron sepultados con Cristo en el bautismo y han resucitado con él por la fe en el poder de Dios, que lo resucitó a él de la muerte. Ustedes estaban muertos por sus pecados y la incircuncisión carnal; pero Cristo los hizo revivir con él, perdonándoles todos los pecados. Canceló el documento de nuestra deuda con sus cláusulas adversas a nosotros, y lo quitó de en medio clavándolo consigo en la cruz.

Gen 18,20-32
Col 2,12-14

Lc 11,1-13

Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Al terminar su oración, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos." Les dijo: "Cuando recen, digan:

Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino. Danos cada día el pan que nos corresponde. Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación."

Les dijo también: "Supongan que uno de ustedes tiene un amigo y va a medianoche a su casa a decirle: «Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo nada que ofrecerle». Y el otro le responde a usted desde adentro: «No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos ya acostados; no puedo levantarme a dártelos». Yo les digo: aunque el hombre no se levante para dárselo porque usted es amigo suyo, si usted se pone pesado, al final le dará todo lo que necesita.

Pues bien, yo les digo: Pidan y se les dará, busquen y hallarán, llamen a la puerta y les abrirán. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llame a la puerta se le abrirá.

¿Habrá un padre entre todos ustedes que dé a su hijo una serpiente cuando le pide pan? ¿Y si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del Cielo dará espíritu santo a los que se lo pidan!"

Según la tradición, Joaquín y Ana fueron los padres de María. No tenemos ningún dato histórico que lo confirme. Por lo que podemos entresacar de los evangelios, es muy posible que fuera una familia pobre. La vida era dura en aquellos tiempos. Había que trabajar mucho para poder comer todos los días. Quizá la sencillez de aquella vida en pobreza es suficiente para que digamos que fueron santos. Si Dios nos pide a cada uno según nuestras posibilidades, entonces hay muchos que, dadas las horribles condiciones en que les ha tocado vivir, tienen asegurada la santidad. Aunque sólo sea porque Dios tiene que amar más a sus hijos más necesitados.

Jesús propuso a la gente otra parábola: “Aquí tienen una figura del Reino de los Cielos: el grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. Es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece, se hace más grande que las plantas de huerto. Es como un árbol, de modo que las aves vienen a posarse en sus ramas.”

Jesús les contó otra parábola: “Aquí tienen otra figura del Reino de los Cielos: la levadura que toma una mujer y la introduce en tres medidas de harina. Al final, toda la masa fermenta.”

Todo esto lo contó Jesús al pueblo en parábolas. No les decía nada sin usar parábolas, de manera que se cumplía lo dicho por el Profeta: Hablaré en parábolas, daré a conocer cosas que estaban ocultas desde la creación del mundo.

En aquel tiempo, Jesús despidió a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron y le dijeron: “Explícanos la parábola de las malas hierbas sembradas en el campo.”

Jesús les dijo: “El que siembra la semilla buena es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo. La buena semilla es la gente del Reino. La maleza es la gente del Maligno. El enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.”

Vean cómo se recoge la maleza y se quema: así sucederá al fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles; éstos recogerán de su Reino todos los escándalos y también los que obraban el mal, y los arrojarán en el horno ardiente. Allí no habrá más que llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. Quien tenga oídos, que entienda.”

Jesús mismo se tenía que dar cuenta de que la cuestión no era tan sencilla. Ya no nos creemos lo de las películas de buenos y malos. Ya no. Si algo hemos aprendido en estos siglos es que el corazón del hombre es muy complicado y que el mal y el bien andan mezclados por nuestro corazón. Que la mayoría sentimos el mal como un peso opresor, externo e interno, que no nos deja hacer lo que queremos y que nos obliga a hacer lo que no queremos. San Pablo dijo también algo de eso. Más bien diría que Dios salvará todo lo salvable que haya en nosotros y nos liberará definitivamente de ese mal que corroe nuestras entrañas y nos quita la vida.

Jer 5,10.16-21 Mt 13,44-46

Una cosa es hacer la comida y otra ser un buen cocinero. Pues igualmente podemos decir que una cosa es cumplir con las normas y leyes de la Iglesia y otra haber descubierto el tesoro del Evangelio. Muy diferente. Se nota con una cierta facilidad en la actitud de las personas. Unos viven atados a lo que está mandado, a la norma. Los otros viven ya en la libertad de los hijos de Dios. Es posible que cumplan las normas pero no porque son tales sino porque son una de las formas de expresar que han encontrado el verdadero tesoro. Se nota que ese tesoro les da intereses inmensos de fraternidad, solidaridad y pasión por la justicia.

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: "El Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en un campo. El hombre que lo descubre, lo vuelve a esconder; su alegría es tal, que va a vender todo lo que tiene y compra ese campo.

Aquí tienen otra figura del Reino de los Cielos: un comerciante que busca perlas finas. Si llega a sus manos una perla de gran valor, se va, vende cuanto tiene y la compra."

Santa Marta

1Jn 4,7-16 Jn 11,19-27

Muchos judíos habían ido a la casa de Marta y de María para consolarlas por la muerte de su hermano.

Apenas Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María permanecía en casa. Marta dijo a Jesús: "Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aun así, yo sé que puedes pedir a Dios cualquier cosa, y Dios te la concederá." Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará." Marta respondió: "Ya sé que será resucitado en la resurrección de los muertos, en el último día." Le dijo Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. El que vive, el que cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?" Ella contestó: "Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo."

La muerte nos deja a todos helados. Nuestras convicciones parecen hundirse ante la pena que nos llena. Como la niebla, el dolor no nos deja ver nada. Pero a Marta le queda la fe y a ella se agarra como a un clavo ardiendo. Jesús es su única esperanza. Es un buen amigo. Su presencia quizá hubiera logrado salvar a su hermano. Pero ahora está muerto. No le queda más que demostrar su rabia ante Jesús. Tiene la suficiente confianza para hacerlo. Pero Jesús le invita a dar un paso adelante. La fe en Jesús abre a una nueva esperanza que va más allá de la muerte. En la confesión final de Marta se condensa nuestra fe. Una fe capaz de vencer cualquier dolor.

El aspecto de Jesús era totalmente el de una persona normal. Parece que en su pueblo nadie pensaba que podía ser un genio. Eso ya nos dice que, cuando Dios decidió hacerse uno de nosotros, se hizo realmente uno de nosotros y como nosotros. Eso ya nos dice que los profetas no suelen llevar cartel que les anuncie ni aureola de luz. Además, los de su pueblo eran tan desconfiados como solemos ser nosotros. Es decir, que nosotros pertenecemos a la misma humanidad que ellos. Posiblemente tenemos las mismas dificultades y prejuicios que ellos para acoger a los que nos anuncian la buena nueva del Reino. Aunque no parezcan profetas.

Un día fue Jesús a su pueblo y enseñó a la gente en su sinagoga. Todos quedaban maravillados y se preguntaban: "¿De dónde le viene esa sabiduría? ¿Y de dónde esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¡Pero si su madre es María, y sus hermanos son Santiago, y José, y Simón, y Judas! Sus hermanas también están todas entre nosotros, ¿no es cierto? ¿De dónde, entonces, le viene todo eso?" Ellos se escandalizaban y no lo reconocían.

Entonces Jesús les dijo: "Si hay un lugar donde un profeta es despreciado, es en su patria y en su propia familia." Y como no creían en él, no hizo allí muchos milagros.

Por aquel tiempo, la fama de Jesús había llegado hasta el virrey Herodes. Y dijo a sus servidores: "Éste es Juan Bautista; Juan ha resucitado de entre los muertos y por eso actúan en él poderes milagrosos."

En efecto, Herodes había ordenado detener a Juan, lo había hecho encadenar y encerrar en la cárcel a causa de Herodías, esposa de su hermano Filipo. Porque Juan le decía: "La Ley no te permite tenerla como esposa." Herodes quería matarlo, pero tenía miedo de la gente, que consideraba a Juan como un profeta.

En eso llegó el cumpleaños de Herodes. La hija de Herodías salió a bailar en medio de los invitados, y le gustó tanto a Herodes que le prometió bajo juramento darle todo lo que le pidiera. La joven, a instigación de su madre, le respondió: "Dame aquí, en una bandeja, la cabeza de Juan Bautista."

El rey se sintió muy molesto, porque se había comprometido bajo juramento en presencia de los invitados; aceptó entregársela, y mandó decapitar a Juan en la cárcel. Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la muchacha, quien a su vez se la llevó a su madre. Después vinieron los discípulos de Juan a recoger su cuerpo y lo enterraron. Y fueron a dar la noticia a Jesús.

Los poderosos, aunque viven rodeados de medidas de seguridad, viven atemorizados por sus propios fantasmas. Eso le pasaba a Herodes. Era el rey. Nadie discutía su poder. Un profeta se atrevió a hacerlo y lo asesinó. Pero ahora vivía asustado porque veía su sombra por todas las esquinas. A veces también nos pasa a nosotros. Nuestros fantasmas son el mal que hemos hecho y no queremos reconocer. Se nos aparece por las esquinas y nos provoca pavor. No hay más remedio que abrir nuestro corazón ante Dios, reconocer la realidad tal y como es y pedir sencillamente perdón. Para que los fantasmas no nos asusten más.